

ciano miraba ora á Lieschen, ora á su huésped, preguntándose quién podía ser éste, y qué interés le impelía á buscar al pastor Stiller, abrió la puerta y desapareció en el cuarto.

Apenas se hubo cerrado la puerta, Lieschen se sintió exhausta de fuerzas y se dejó caer en una silla.

El pastor corrió hacia ella, y, levantando los ojos al cielo:

—¡Dios mío!—dijo.—¡Gracias á vos he salvado á uno! Ahora me falta salvar á la otra!

Y, tendiendo la mano á Lieschen:

—¡Vamos, hija mía,—prosiguió,—valor!

—¿Que queréis decir, padre mío?—preguntó la niña, levantando vivamente la cabeza.

—¡Quiero decir, pobre hija mía, que amas á ese hombre!

—¿A él?—exclamó Lieschen con terror.

—Sí, á él,—repitió el anciano.

—¡Oh, no, padre mío!—protestó Lieschen.—¡Os juro que os engañáis!

—¿Por qué mentir, Lieschen? Ya sabes que es inútil conmigo.

—¡Oh! Yo no miento, padre mío... ó, por lo menos, os juro una cosa.

—¡Juras!

—¡Oh, sí! ¡Sobre la tumba de mi hermana Margarita!

—Y ¿qué es lo que juras tú con tan santo juramento?

¡Que ese joven no será nunca nada para mí!

—¿No le amas?

—¡No tan sólo no le amo, padre mío, sino que me espanta!

—¿Te espanta?

—¡Padre mío, en nombre del cielo, no hablemos más de él!

—Al contrario, hablemos... ¡Te espanta! ¿Por qué?

—Por nada... ¡Dios mío!... No escuchéis lo que os digo: ¡estoy local!

—¿Acabarás?

En lugar de responder, Lieschen dió un paso atrás, clavando sus asustados ojos en la puerta.

—¡El señor Schlick, padre mío—balbuceó.—¿Qué viene á hacer aquí otra vez?

El pastor se volvió y divisó, efectivamente, al sargento de pie en el umbral.

XXIII

Una cabeza puesta á precio

Schlick mostrábase perplejo, llevaba el mosquete en la mano, lo que denunciaba una intención más hostil que la primera vez, puesto que la primera vez se había presentado sin armas.

El pastor le miró con ojos escrutadores.

—¡Ah, ya!—dijo Schlick.—¿Creíais haberos librado de mí, señor Waldeck? Yo también creía que lo estabais; pero, ya sabéis... ¡el hombre propone y Dios dispone!

—Sí, ya lo sé; pero lo que ignoro...

—Es lo que me trae, lo comprendo... ¡Diantre! Es difícil de decir...

—Decid, señor Schlick.

—Señor pastor: aquí tenéis ante vos el hombre más perplejo, con seguridad, de toda la confederación del Rhin.

—¡Perplejo! ¿Cómo es eso?—preguntó el pastor, mientras que Lieschen, jadeante, aspiraba, en cierto modo, las palabras del sargento, á medida que iban desprendiéndose de sus labios.

—Ya os he dicho, hace poco, que esperaba nuevas instrucciones.

—Sí.

—Pues bien: al volver á mi casa, las he encontrado.

Entonces, aproximándose al pastor:

—¡Parece,—dijo,—que el hombre que buscamos es mucho más peligroso de lo que yo creía!

—¡Dios mío...!—murmuró Lieschen.—¿No hemos terminado aún?

—¿Más peligroso de lo que creíais?—repitió el anciano.

—¡Tan peligroso, señor Waldeck, que su cabeza ha sido puesta á precio!

Lieschen lanzó una rápida ojeada hacia el cuarto; pero, por rápida que fuera, el gendarme la interceptó al paso como hubiera hecho con un reo.

—¡Está bien!—se dijo á sí mismo.—Nuestro hombre no se ha marchado todavía.

—¿Puesta á precio?—preguntó el pastor, que, conociendo el flaco del sargento Schlick por el dinero, comprendió que iba á empezar la lucha.

—¡Dan dos mil thalers nada menos, señor Waldeck!
—¿Así, pues...?—objetó el pastor, dejando en cierto modo el camino libre al gendarme.

—Así, pues, digo que el que lo prenda hará una buena presa; esto es lo que digo.

Lieschen, pálida como una muerta, cruzó una mirada de espanto con su padre.

—Sin contar el ascenso,—añadió el sargento.

—¿El ascenso?—repitió el pastor.

—¡Seguramente! Ya comprenderéis, señor Waldeck, que si es cabo el que arreste al conspirador, será hecho sargento; si es sargento, será subteniente; ahora bien; como no puede dejar de prendérsele...

—Schlick,—exclamó el pastor,—¿qué decís?

—Digo que no puede dejar de prendérsele, señor Waldeck; si no es aquí, será un poco más lejos... Y he vuelto para haceros una observación cuya justicia comprenderéis.

—¿Qué observación?

—Hombre, que vale más que sea yo y no otro el que se gane el premio y el ascenso.

—¡Desdichado!—exclamó el pastor.

Lieschen nada dijo, pero tendió sus dos manos juntas al sargento.

—¡Qué diantre!—prosiguió Schlick.—Uno es gendarme, señor pastor, y dos mil thalers son doce años de paga.

—¡Oh!... Y vos, tan generoso poco antes, señor Schlick, por una miserable suma...

—¡Diablo, señor Waldeck! ¡Qué cosas decís! ¡Dos mil thalers no son una cantidad miserable, y en el tiempo en que contaba historias al general en jefe, me expuse con frecuencia á que me colgaran por quinientos!

—¡Pero, desgraciado!—exclamó el pastor.—¡Ese hombre cuya cabeza ha sido puesto á talla, es uno de vuestros antiguos compañeros de armas!

—¡Vive Dios! bien lo sé,—replicó Schlick, rascándose la oreja,—y esto es lo que me sabe mal.

Lieschen concibió alguna esperanza.

—¿Y le dejaríais fusilar con sangre fría, Schlick?

La joven sintió correr por todo su cuerpo un estremecimiento.

—¡Pardiez! ¡Esto me desespera, señor Waldeck!—respondió el sargento.—Pero, ¡qué queréis!, el dinero es raro en los tiempos que corremos y ya comprenderéis que no tener que subir más que doce escalones para tomar en el

décimotercio un sacó con dos mil thalers... ¡diantre!... ¡es tentador!

Y diciendo esto, el gendarme, para que no le quedara duda alguna al pastor, clavó la mirada en la puerta del cuarto.

—¡Ah! Vos, señor Schlick, vos, ¡un hombre de bien!—murmuró Lieschen.

—¡Bahl Precisamente, señorita,—dijo Schlick interrumpiéndola,—soy un hombre de bien, puesto que soy gendarme, y mi oficio es prender á las gentes.

—¡Oh! ¡Por muy gendarme que seáis, tenéis corazón!—exclamó la joven.

—Sí, no hay duda, tengo corazón, señorita Lieschen; pero al mismo tiempo tengo esposa á quien mantener, y una hija á quien colocar; y no se casan las hijas sin dote, ya lo sabéis, señor Waldeck, vos que os priváis de todo para reunir una dote para la señorita Lieschen; y los dos mil thalers, ¡qué diantre!, serán la dote de mi hija.

—Olvidáis, señor Schlick, que parte de esa suma corresponde á vuestros compañeros.

—¡Ni tanto así, pues el rescripto dice: «Al que detenga...»! Ahora bien: mis dos compañeros duermen, y no he cuidado de despertarlos. Y como yo solo detendré al conspirador, la prima será para mí solo.

—Padre mío,—murmuró Lieschen al oído del pastor,—¡yo no me casaré nunca!

El pastor miró á la niña con profunda ternura.

—¡Y dices que no le amas!—murmuró.

Luego, volviéndose al gendarme:

—Escuchad, Schlick,—dijo.

—Escucho, señor pastor; pero permitidme que, mientras os escuche, no pierda de vista la puerta... Mirad (y se volvió de cara á la puerta): así estaré perfectamente, y oiré á maravilla.

—¿Os disgusta hacer lo que hacéis, verdad?—preguntó el pastor.

—¡Hasta desesperarme!—respondió el sargento.

—¿Y no es con mala intención si lleváis á un hombre, ex compatriota vuestro, antiguo compañero de armas, al cadalso?

—¡Lo lamentaría siempre, pastor!... ¡siempre!

—De modo que, si pudierais ganar los dos mil thalers sin detener á ese desdichado proscrito...

—No se compra la compasión, señor pastor.

—Alguna vez, señor Schlick.

—¿Quién?

—Aquellos para quienes la piedad es no sólo una virtud, sino un deber.

—¡Oh! ¡Padre mío!—exclamó Lieschen gozosa.

—¿Sí, por ejemplo, os diera yo los dos mil thalers!

—¿Vos?

—Sí, yo, para salvar la vida de ese hombre.

—Quedaría el ascenso, señor Waldeck.

—¡Oh! ¡El ascenso no es seguro!

—Pues bien, señor Waldeck: palabra de honor: como yo quisiera hacer un sacrificio por mi parte, sacrificaría el ascenso.

—Y ¿dejaríais escapar al hombre que perseguís?

—Tanto es así, señor Waldeck,—respondió sonriendo el gendarme,—que vuestro hermoso acto me llenaría de tal modo de admiración, que sólo tendríais que indicarme hacia qué lado debería volver la cabeza y decirme cuánto tiempo querriais que permaneciese con los ojos cerrados.

—Hija mía,—dijo el pastor á Lieschen,—toma esta llave... Ya sabes dónde está el dinero.

—¡Padre mío! ¡Padre mío!—exclamó la joven, pegando los labios en la mano del pastor.

—¡Un momento, señor Waldeck!—dijo Schlick.

—¡Qué! ¿Vais á desdeciros?—preguntó el pastor.

—No,—dijo Schlick;—palabra es palabra y el contrato queda mantenido; únicamente deseo que sepáis que no os robo vuestro dinero. Aquí está la orden en cuestión.

Y, dejando sobre la mesa, pero al alcance de su mano, la carabina, de la que no se había desprendido ni un instante, sacó del bolsillo un papel con el sello gubernativo, y leyó:

«Se gratificará con la suma de dos mil thalers á todo agente de la fuerza pública que capture y entregue á la autoridad al capitán Richard...»

—¡Oh!—exclamó Lieschen con desesperación.—¡Todo está perdido!

—¿El capitán Richard?—repitió el pastor palideciendo, al punto que parecía debiese morir.—¿El capitán Richard? ¿No es este nombre, verdad?

—¡Oh! Sí, ¡pardiez!—dijo Schlick.—Con todas sus letras... ¡Leed!

—¡El capitán Richard!—prorrumpió el pastor, lanzándose hacia la carabina que el brigadier había dejado encima

la mesa y agarrándola con tan rápido movimiento que el gendarme no tuvo tiempo de evitarlo.—Entonces no sois vos, sino yo, yo mismo...

Y se precipitó hacia la escalera; pero en el primer escalón encontró arrodillada á Lieschen, quien, abrazándole por la cintura, le gritó:

—¡Padre mío! ¡En nombre de vuestra hija Margarita, que murió perdonando!...

—¡Hola! ¡Hola!—murmuró Schlick.—¿Qué pasa aquí?

Hubo un momento de pausa; luego el pastor dejó escapar lentamente la carabina, que sostenía con la izquierda, y, con la diestra, presentando la llave del armario á Lieschen.

—¡Toma, hija!—dijo.—¡Sigue los impulsos de tu corazón, y hágase la voluntad de Dios!

—¡Oh!—exclamó Lieschen.—¡Padre mío! ¡Padre mío! ¡Os doy todo mi amor! ¡Os doy toda mi vida!

Y entonces fué el pastor el que, casi exhausto á su vez, cayó sin fuerzas en un sillón en presencia del sorprendido gendarme.

Durante aquel tiempo, la puerta del cuarto de Margarita se abrió un instante con rapidez y se cerró lentamente.

—Señor Schlick,—dijo el pastor al cabo de un minuto, y enjugándose la frente, cuyo sudor testificaba la lucha de su alma;—señor Schlick, vais á tener vuestra suma, menos tres thalers; pues de esos tres thalers he hecho limosnas esta mañana, las cuales me han traído fortuna, puesto que esta noche puedo salvar la vida de uno de nuestros semejantes.

—¿Tres thalers?—dijo Schlick.—¡Ah! ¡Por mi vida, señor Waldeck, que no he de hilar tan delgado por una buena acción! Y, sin embargo, ¿cómo explicaré á mi mujer la ausencia de esos tres thalers? Si fuese todavía francés, le diría que me los he comido; pero, como soy alemán, ¡le diré que me los he bebido!

Acababa el sargento esta reflexión, que indicaba el estudio que había hecho de los dos pueblos á que había pertenecido alternativamente, cuando volvió Lieschen, llevando el saco en la mano.

—Aquí está el dinero,—dijo, sofocada por la prisa con que había ido á buscarlo.

—Gracias, señorita,—dijo el sargento, tomando el saco de manos de Lieschen.—Si fuerais menos bonita, sentiría

remordimientos; pero, con una carita como la vuestra, ¡Dios mediante, no se necesita dote!

—Señor Schlick,—dijo gravemente el pastor,—esta vez tengo vuestra palabra!

—¡Oh! ¡Quedad tranquilo, señor Waldeck! Pero, de todos modos, invitat al primo Neumann á que se vuelva de prisa á Abensberg, aunque tengáis que alcanzarle allí con esta hermosa niña para celebrar los desposorios.

Al mismo tiempo que la puerta del patio se cerraba detrás del gendarme, la de la escalera se abría para dejar paso al capitán; pero Lieschen y el anciano no se fijaron en el que salía. Por otra parte, apenas Schlick hubo desaparecido, Lieschen se echó en brazos de su padre, diciendo:

—¡Oh! Padre mío, ¡qué bueno, qué grande sois!

El anciano estrechó á su hija contra su seno con sonrisa profundamente melancólica; luego, separándola suavemente de sí:

—Espera,—dijo;—ahora tengo que llamar á ese hombre...

—Pero ni una palabra, ¿no es verdad, padre mío?—dijo Lieschen — ¡Ni una reconvencción!

—¡Oh! No temas, hija mía,—dijo el pastor.—Sin esto, ¿dónde estaría el mérito de lo que he hecho?

Y como levantara la cabeza para llamar al capitán Richard, lo divisó, apoyado en la baranda de la escalera. Toda su sangre le refluyó al corazón.

—¿Estabais ahí, caballero?—preguntó.

—Sí,—dijo el joven;—todo lo he oído, y debo repetir lo que os decía hace un momento vuestra hija: ¡Oh! Señor Stiller, ¡qué bueno, qué grande sois!

—¡Ah! ¿Sabéis entonces quién soy?

—Aquel retrato colgado entre las dos ventanas...

¿Lo habéis reconocido?

El joven sacó del bolsillo un medallón.

—Gracias á esta miniatura, hecha de memoria por mi hermano,—dijo,—y que me dejó al morir, con encargo de buscar al pastor Stiller y á su hija Margarita, á quienes legaba su fortuna, no como un acto de reparación, sino en expiación del mal que les había hecho.

—De modo, caballero,—exclamó jadeante Lieschen,—que ¿el capitán Richard...?

Eramos hermanos, querida Lieschen; dos hermanos gemelos, ambos militares, capitanes ambos, y tan seme-

jantes uno á otro, que sólo nos distinguían por la diferencia de nuestros uniformes, y que Schlick, que había conocido á mi hermano, me ha confundido hace poco con él, como habéis podido ver... Mi hermano fué el culpable, Lieschen, y soy yo quien, después de su muerte, me encargué de pedir os vuestro perdón.

—¡Oh! ¡Padre mío! ¡Padre mío!—murmuró Lieschen, dejándose caer, con las manos juntas, á los pies de su padre.

* * *

Ocho días después, el pastor Stiller recibía una carta, fechada en Amsterdam, que contenía estas únicas palabras:

«Venid cuanto antes con Lieschen, ¡padre mío! Ya estoy en seguridad.

»LUIS RICHARD.»

FIN

